

La batalla de las ideas

La disputa por la verdad. Los hechos y su interpretación.

La producción de sentido común. La “posverdad”

Por Guillermo Justo Chaves (1)

La democracia es la dinámica del desacuerdo, nos dice Jacques Rancière. Por lo que en estas democracias del siglo XXI -incluida la nuestra- el conflicto político, la disputa y el disenso se hallan siempre presentes. Desde una mirada propia de los indignados, pero con fuerte impronta épica, me gustaría reflexionar sobre el combate de las ideas, la disputa por la verdad, la producción de “sentido común” y la ya célebre “posverdad”. También sobre los actores: la opinión pública, los medios, las redes sociales y el Estado. La batalla de las ideas políticas hoy asume carácter global. En realidad siempre fue así. Pero en nuestra Argentina se encontraba muchas veces disfrazada o enmascarada con los sellos de nuestros partidos políticos o nuestra idiosincrasia. También es cierto que hasta la caída del muro de Berlín en 1989 y el derrumbe total del socialismo real, un par de años después, existían dos visiones del mundo contrapuestas y las posturas se podían tomar en forma clara a favor de una u otra visión o, más aún todavía, asumir la célebre “tercera posición” del justicialismo.

Lo concreto es que a partir de los noventa, al no existir más opción o exterioridad al capitalismo la discusión, el debate o el combate pasó a ser intracapitalista. Dos cosmovisiones político-económicas ya dominaban la disputa dentro del capitalismo desde la crisis de 1929. Según ellas, determinadas políticas provocan determinadas consecuencias. Parece una discusión teórica, pero actualizada con los elementos y datos del siglo XXI sigue vigente. Y como escuché decir a algún profesor destacado alguna vez: “No hay nada más práctico que una buena teoría”.

Entonces, ¿qué visión del mundo se impone? La visión heterodoxa que todos más o menos conocemos considera que la demanda agregada como factor determinante de la actividad económica posee un componente central que es el nivel del salario de los trabajadores. Con más razón si estamos hablando de peronismo o proyectos populares. Que prioriza las personas de carne y hueso sobre los fríos y abstractos números. Cree en la misión del Estado y en las políticas activas concentradas en roles necesarios y estratégicos. Tanto en el objetivo del desarrollo económico, como en el de garantizar condiciones de bienestar para los ciudadanos. Esta postura se acompaña con la idea de que el gasto debe usarse para dirigir los ciclos económicos y el déficit se reduce estructuralmente con crecimiento. El endeudamiento externo puede ser útil pero en términos de inversión, si lo es para otros fines caemos en la dependencia y la pérdida de la autodeterminación.

Contra eso la ortodoxia neoliberal en su versión siglo XXI, plantea la visión ofertista y que el Estado debe ser lo más pequeño posible. Cae en el simplismo de la comparación con la economía familiar. Otro mito con el que se intenta engañar al ciudadano común que se rige por el razonamiento de su economía doméstica. Para gastar primero hay que tener. El polaco Kalecki y el británico Keynes, por su parte, sostenían: para que haya ingresos primero hay que gastar. La discusión continúa hoy en estos términos: relanzamos

producción, empleo e ingresos o seguimos a los neoliberales del siglo XXI con los planes de “austeridad y ajuste”.

Como decía, antes era capitalismo o socialismo; hoy, el campo de batalla se circunscribe a la versión neoliberal, siglo XXI, del capitalismo o a las alternativas que surgen muchas veces de sus propias contradicciones. A fines del siglo pasado, el Consenso de Washington y lo que se llamó el pensamiento único buscaron consolidar ese modelo. Sin embargo, la experiencia fracasó estrepitosamente en las tres economías más grandes del sub-continente. En México (1994/95), Brasil (1999) y nuestra Argentina (2001) quedamos traumatados. Pareciera que sucedió hace mucho tiempo porque, aunque suene increíble, tristemente la actualidad nos pone en el lugar de no haber aprendido la lección. Lo cierto es que entrando al nuevo siglo, se iniciaron en Sudamérica proyectos que abrieron frentes de lucha contra la pobreza y la desigualdad habiendo recibido sociedades más desiguales y Estados casi desmantelados. Lograron crecimiento económico, estabilidad política, disminución de la pobreza. Aún en un contexto mundial de recesión y aumento de la desigualdad en el mundo hubo mejor distribución de la renta. Se intentaron poner en práctica ideas que planteaban procesos de ruptura con el neoliberalismo. No fue así en los caso de México y Perú por ejemplo que, aún con sus economías creciendo, los indicadores sociales no mejoraron, al continuar con las políticas neoconservadoras. En este marco de debate de ideas, citamos al reconocido economista Paul Krugman, quien califica a la ortodoxia neoliberal de “economía vudú” obviamente por su falta de rigor científico. Sostiene con firmeza que no existe un ejemplo de programa neoliberal o de austeridad -como se autodenominan- que haya sido exitoso en los últimos 85 años. Los gobiernos de nuestra región llegaron, entonces, como alternativa por la frustración de lo anterior. Sin embargo, lo más importante, por desgracia, ya había ocurrido: se perdió la batalla de las ideas. Más allá del modelo y las políticas económicas, el neoliberalismo dejó como herencia la hegemonía de sus valores y su forma de vida, comenzando por el individualismo y la ausencia de solidaridad que favorece la descalificación de la misión del Estado utilizando como pretexto el despilfarro –sostenido por los gobernantes neoconservadores- o el muy bien usado argumento de la corrupción, como sostiene el gran historiador Perry Anderson.

Entonces, el neoliberalismo busca naturalizarse. “There is not alternative” propagado por Margaret Thatcher en los ochenta en sus discursos y tomado como mantra por el neoliberalismo, es un ejemplo histórico de ello. En Argentina, seguimos teniendo émulos de la “dama de hierro”. *Todo orden social es un orden organizado a partir de relaciones de poder de configuraciones del poder. Ese orden es el resultado de intervenciones políticas, hegemónicas. La hegemonía neoliberal es la consecuencia de eso. Nos dicen que es lo natural o no hay alternativa porque hay un orden de la historia que dice que es nuestro destino. Es una construcción hegemónica. Pero puede no ser así, debemos imaginar intervenciones contrahegemónicas para encontrar la alternativa, cambiar las cosas políticamente y de esa forma lograr la transformación* nos sugiere en contraposición, Chantal Mouffe.

Esta controversia no es menor para nuestro país, porque según la tendencia que se imponga hacia adentro dependerá el futuro desarrollo y la dinámica de la distribución de la riqueza; ya que adentro de esa discusión se encuentra la disputa entre capital y trabajo. En el único momento de la historia que existió una tregua a ese combate ocurrió luego de la Segunda Guerra Mundial. Y esos tiempos fueron los de mayor estabilidad política así como el momento de mayor desarrollo para el primer mundo occidental. Hubo un gran pacto político entre el capital y el trabajo, donde los trabajadores reconocían la propiedad del capital y el orden social vigente a cambio de la construcción de un entramado de derechos y políticas sociales a su favor. Se lo denominó “consenso del bienestar”. En Sudamérica, Asia y África no sucedió; pero en Argentina lo más parecido y coincidente por el momento histórico fue el primer peronismo.

Entre mediados de los setenta y principios de los ochenta la nueva versión del capitalismo, el financiero, (acompañado por el proceso de mundialización de la producción) rompió esa tregua. Se reeditó y profundizó la disputa con la característica central del intento de sometimiento de la política al poder económico. Todo sostenido con una especie de mito infantil o “economía vudú” que quiere convencernos de la existencia de un Dios mercado que equilibra, que es autónomo y pone las “cosas en su lugar” contra el Estado que es malo, ineficiente y corrupto.

El neoliberalismo funciona como una religión promete a futuro “el paraíso”, si se siguen sus recomendaciones. Esto es cómodo de aceptar para quienes ven incrementar su poder y dinero ante las decisiones ejecutadas en esa línea. Pero las mayorías sufren.

Se reconocen dos ciclos neoliberales en el mundo. El primero a fines de los setenta y principios de los ochenta. El segundo comenzó a partir de 2005 aproximadamente y se profundizó pese a la crisis de 2008. En nuestro país vamos por el tercero. El primer comenzó con la dictadura, el segundo transcurrió entre el menemismo y la Alianza y el tercero con el gobierno de la coalición “Cambiamos”.

Estos se sostienen con la teoría del derrame, que presupone lo contrario a una de las hipótesis centrales de este libro. Esta receta plantea una relación positiva entre desigualdad y crecimiento económico, donde la inequitativa distribución genera una rápida concentración y acumulación que ahorrada por los sectores más ricos luego será invertida. En la versión vernácula se suma el intento de reprimarización de la producción.

La crítica que le hacemos a esto es que, quienes invierten, sólo lo hacen si piensan que sus ventas serán incrementadas. Por lo que frente a una desigual distribución habrá merma del consumo y la economía irá hacia la recesión, el achicamiento, la mala distribución, aumento de pobreza y más desigualdad.

En el caso del modelo argentino se sostiene sobre un discurso tecnocrático y de objetivos ambiguos no cuantificables. Tecnocrático, porque entiende la política como gerenciamiento que busca soluciones técnicas a problemas sociales, políticos y económicos. De objetivos no cuantificables, porque habla de “pobreza cero” o “felicidad”, éstos sostenidos por slogans de autoayuda del tipo “si sucede, conviene” del Raví Shankar. Completan el “modelo”, quienes lo conducen. Como sucede en otras partes del mundo donde predomina el neoliberalismo, existe un “neogerencialismo” o “capitalismo gerencial”, donde

estos cuadros gerenciales o CEOs definen los destinos de las sociedades en los ámbitos privados y ahora públicos, además de concentrar la mayor parte del ingreso.

En fin...avancemos. Ese gran combate de ideas circunscrito al interior de las democracias capitalistas (reducido a algunos párrafos) lo completa la disputa por la verdad, por la producción de sentido común en la sociedad, por la interpretación de los hechos que suceden según la visión de quien quiere imponer su interés. Ya sea el Estado, los medios de comunicación, lo grupos concentrados de la economía (también llamados poderes fácticos) sostienen una batalla de índole cultural por la hegemonía.

La apropiación de la verdad consiste en una herramienta cultural que puede ser funcional a los efectos de moldear la identidad social. Para ello también es necesario hacerse dueño del pasado, es decir de la historia. Porque en definitiva parte de la disputa de ideas tiene que ver con que si existe o no una verdad absoluta. O se trata en realidad de verdades relativas que intentan imponerse. Pensadores como Nietzsche o Heidegger pusieron en duda la verdad absoluta como valor objetivo. Lo que tenemos concretamente son hechos. Estos son acontecimientos de la realidad que pasados por la percepción de nuestros sentidos y el tamiz de nuestros valores y principios, es decir, por la interpretación forman nuestra visión. Nuestra verdad. De manera que la verdad tiene una característica de relatividad dada en función de la perspectiva propia. Pese a que nos duela reconocerlo o no queramos hacerlo, la verdad es relativa. Y en el campo de debate de las ideas se opone a otras verdades relativas.

El objetivo de este combate de ideas es que “nuestra verdad” o percepción de cómo deben ser las cosas en el terreno de lo político o económico se disemine de tal manera en la sociedad que la misma –llámese opinión pública- lo incorpore como parte de su “sentido común”. Esa sería la victoria.

Se trata entonces de una batalla cultural. Por la producción de sentido. Por construir un sentido común. Lo central de la lucha política se transforma en lucha por ese sentido común a través del lenguaje. Del discurso, mediante un conjunto de juicios y prejuicios. De esa manera intentamos ordenar el mundo de manera clara y sencilla para el trabajador, el estudiante o el profesional. Así es cómo decidimos la vida cotidiana, como valoramos lo justo e injusto, lo deseable y lo posible, lo probable e improbable. Cómo creamos una épica que genere la esperanza en la gente. Una nueva creencia para quienes apuestan tiempo, esfuerzo, pasión y amor. Un juicio compartido acerca de la idea de país o del mundo.

Hoy, en ese combate por la producción de sentido, la visión neoliberal en sus diferentes versiones entre las que se encuentra la Argentina, lleva ventaja. Existe un señorío político intelectual que acompaña la creencia práctica que el neoliberalismo es un régimen natural. Esto que decía más arriba: “*there is not alternative*”. Desde ese lugar se intentan asfixiar las pulsiones más creativas y provocar el sentido común de abatimiento y desmoralización. Expropiar la esperanza social. Desplomar la voluntad colectiva de cambio. En esta disputa por la “producción de sentido” o por la “construcción del sentido común” se puede contar con una épica propia, con una idea propositiva como explicaba o sostenerse por la negativa. Es el caso de “*there is not alternative*” al que le podemos sumar, por

ejemplo, el discurso del actual presidente de Estados Unidos, Donald Trump, apelando a la estigmatización del inmigrante o defenestrando la reforma de salud de Obama, como argumento para sus políticas. Se trata de una lucha cultural, de símbolos, de identidades, de ideas fuerza. De esa forma un proyecto político intenta consolidarse culturalmente, afirmar su hegemonía.

La disputa comienza a resolverse cuando la verdad relativa de alguno de los adversarios logra imponerse como “sentido común”. En ese marco, en Argentina, la alianza “Cambiemos” intentó construir un imaginario simbólico de pesada herencia, corrupción (la disputa sería pesada herencia vs gobierno para ricos; la acusación de corrupción es mutua), y generar una producción de sentido a partir del vaciamiento de símbolos como, por ejemplo, al reemplazar a los próceres de los billetes por “animalitos” de nuestra fauna autóctona o plantear un negacionismo del terrorismo de Estado durante la última dictadura militar disfrazándola de “revisionismo”. En este caso, el espíritu de época imperante global ayuda, ya que el discurso antipolítica que acompaña, como se dice vulgarmente, “garpa”.

Tanto desde el Estado como de los medios masivos de comunicación se influye en la formación de ese sentido. A lo que se le agregan las redes sociales. Generalmente en este campo existe una disputa entre el Estado que intenta imponer su sentido común en base a un proyecto político y los medios de comunicación, voceros generalmente de los intereses económicos privados que representan. Desde el Estado se intenta construir un liderazgo político y cultural. En algunos casos existe un alineamiento de los poderes fácticos (poderes de hecho, por oposición al poder institucionalizado o de derecho, que sería el Estado) con el Estado. Esto sería al menos sospechoso para el interés de las mayorías.

En otros casos, con su influencia en esa producción de sentido, los medios terminan sosteniendo un rol desestabilizador a través de la fuerza que lo otorga su control casi monopolístico de la comunicación. Campañas de denuncias de irregularidades que sirven para debilitar la imagen de algunos frente a la opinión pública. Descalificar al Estado, los partidos y la política y, en forma indirecta, beneficiar a intereses minoritarios o algunas empresas. Esas acciones, además, buscan crear desánimo, desaliento y baja de la autoestima.

Lo cierto es que la falta de democratización de los medios de comunicación permite a los grupos concentrados de poder disponer de un gran arma para la acción. Esos poderes fácticos, sumados a los errores que los gobiernos cometen en las políticas económicas o las conductas de algunos funcionarios, determinan la pérdida de apoyo de los proyectos populares.

Finalmente, la idea de “posverdad”; como concepto y herramienta en este marco de combate de las ideas y disputa por la producción de sentido común. En primer lugar, debo decirte que la “posverdad” no es ni más ni menos que un mero eufemismo de la mentira. Porque una cosa es la verdad relativa como interpretación de los hechos y otra es hacer una interpretación de hechos que no existieron o son falseados y diseminarlos

en forma masiva para lograr el efecto de una verdad. Esto es, que pasen a formar parte del “sentido común”. El *“miente, miente, que algo quedará”* del funesto Joseph Goebbels. Desde el siglo XVIII la visión de los filósofos, los científicos y políticos ha sido la toma de decisiones ponderando la evidencia y el razonamiento. Hoy se apela a interactuar con el individuo en relación a cómo la mente y el cerebro realmente funcionan. Sumado a esto, también es cierto que la posibilidad de acceso a la información en estos tiempos de internet hace que sea muy difícil ocultar datos. Con lo que hoy, tarde o temprano, todo se sabe. Entonces hay que crear “otra verdad” y apelar a las emociones. Y con la lógica de las redes sociales, los comentarios de los lectores al pie de las noticias en las webs de los diarios, o los emojis, se busca la reacción. La más fácil es la negativa, la que apela a los sentimientos más egoístas como el odio y el miedo.

Como conclusión, entonces: como no se puede ocultar una información, se inventa otra generalmente para captar la atención, generar indignación y sacar la anterior de la agenda; ya que aquella podía ser una “verdad incómoda”. Se la replica incesantemente con todas las herramientas que se tienen al alcance, ya sea de marketing o redes, hasta que finalmente queda instalada esta “versión”. Al poco tiempo se corre el velo y se conoce que es falsa o *“fake”*. Ya no importa. La mentira (o posverdad) se viralizó en las redes y puso su granito de arena para esa “producción de sentido”. Esto lo podemos ver día a día en el ejército de trolls (usuarios falsos, profesionales en redes sociales), que utilizan muchos gobiernos -ejemplos cercanos sobran- para atacar personas o inventar hechos.

(1) Profesor Adjunto de Derecho Político, Cátedra I, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la UNLP